

LAUREN BEUKES

# LAS LUMINOSAS

UNA CHICA QUE NO MUERE  
UN ASESINO QUE NO PUEDE EXISTIR

DISPONIBLE EN



RBA

LAUREN BEUKES

# LAS LUMINOSAS

*Traducción de*  
PILAR RAMÍREZ

**RBA**



Título original inglés: *The Shining Girls*.

© Lauren Beukes, 2013.

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2013.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2022.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

[rbalibros.com](http://rbalibros.com)

*Primera edición: septiembre de 2013.*

*Primera edición en este formato: mayo de 2022.*

REF.: OBDO039

ISBN: 978-84-1132-048-1

EL TALLER DEL LLIBRE, S. L. • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

PARA MATTHEW

HARPER

*17 de julio de 1974*

Harper aprieta en el puño el poni naranja que guarda en el bolsillo de la americana. Es de plástico y está cubierto de sudor. Aquí es pleno verano, hace demasiado calor para lo que lleva puesto, pero ha aprendido a utilizar un uniforme para lo que va a hacer, vaqueros, en concreto. Da largas zancadas, a pesar del pie renqueante, como un hombre que camina porque va a algún sitio. Harper Curtis no es un parásito, y el tiempo no espera a nadie. Salvo cuando lo hace.

La niña está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, enseñando unas rodillas tan blancas y huesudas como cráneos de pájaro, y manchadas de verde por la hierba. Levanta la vista al oír el crujido de la gravilla bajo las botas de Harper, aunque solo lo suficiente para que él vea que tiene los ojos castaños bajo ese enredo de rizos mugrientos. Después, la niña decide que no merece su interés y vuelve a sus asuntos.

Harper está decepcionado. Se había imaginado, al acercarse, que los ojos podrían ser azules; del color del agua lago adentro, donde desaparece la orilla y da la impresión de que se está en medio del océano. Marrón es el color de la pesca de camarones, cuando se revuelve el lodo

de la zona menos profunda y no se distingue una mierda.

—¿Qué haces? —le pregunta, intentando sonar animado.

Se agacha a su lado sobre la hierba raída. En realidad nunca había visto a una criatura con un pelo tan disparatado. Como si se hubiera quedado atrapada en su propio remolino, un remolino que también había dispersado a su alrededor un variopinto surtido de cachivaches: un grupito de latas oxidadas y una rueda rota de bicicleta inclinada a un lado con los radios apuntando hacia fuera. La atención de la niña se centra en una taza de té desportillada, boca abajo, de modo que las flores plateadas del borde desaparecen entre la hierba. El asa está rota, solo quedan dos muñones romos.

—¿Vas a tomar el té con tus amiguitos, cariño? —dice, probando de nuevo.

—No es té —masculla ella dentro del cuello en forma de pétalo de su camisa de cuadros.

«Los niños con pecas no deberían ser tan serios —pensó Harper—. No les pega».

—Bueno, no pasa nada, de todos modos prefiero el café. Por favor, ¿me sirve una taza, señora? Solo y con tres azucarillos, ¿de acuerdo?

Cuando él va a coger la taza de porcelana desportillada, la niña chilla y le aparta la mano. De debajo de la taza invertida surge un intenso zumbido de enfado.

—Jesús. ¿Qué tienes ahí dentro?

—¡No estoy preparando té! ¡Es un circo!

—¿Ah, sí? —responde él, activando una sonrisa, la sonrisa boba que da a entender que no se toma a sí mismo demasiado en serio, por lo que tú tampoco deberías hacerlo. Pero le pica el dorso de la mano, donde ella le ha dado la torta.

La niña lo mira con aire suspicaz, no por lo que pueda

ser el desconocido y lo que pueda hacerle a ella, sino porque le molesta que no lo entienda. Harper observa lo que hay alrededor con más detenimiento y reconoce su destartalado circo: la gran pista principal está dibujada con un dedo en la tierra; hay una cuerda floja fabricada con una pajita aplastada y colocada entre dos latas de refresco; la noria es la rueda de bicicleta abollada que descansa, medio apoyada, en un arbusto sobre una roca que la mantiene en su sitio, y hay gente de papel arrancada de las revistas y metida entre los radios.

No se le escapa el detalle de que la roca que la sujeta encaja perfectamente en su puño. Ni tampoco lo fácil que sería introducir uno de esos radios en el ojo de la niña, como si fuera de gelatina. Aprieta con fuerza el poni de plástico dentro del bolsillo. El furioso zumbido que sale de la taza es una vibración que le recorre las vértebras y le tira de la ingle.

La taza da un bote y la niña le pone las manos encima para sujetarla.

—¡Pero bueno! ¿Es que tienes un león ahí dentro? —pregunta Harper dándole un empujoncito con el hombro, lo que arranca una sonrisa a la niña ceñuda, aunque una muy pequeñita—. ¿Eres una domadora de animales? ¿Vas a ponerlo a saltar a través de aros de fuego?

Ella sonríe, y los puntitos de las pecas se le meten en los mofletes de manzana para dejar al descubierto unos dientes relucientes y blancos.

—Qué va, Rachel dice que no puedo jugar con cerillas después de lo de la última vez.

Tiene un colmillo torcido, un poco montado en los incisivos, y la sonrisa compensa de sobra el color marrón estancado de los ojos, porque ahora Harper ve la chispa que ocultaban. Le produce la misma sensación de siempre,



como si se estuviera cayendo. Siente haber dudado de la Casa por un momento. Ella es la elegida. Una de las elegidas. Una de sus chicas luminosas.

—Me llamo Harper —se presenta, sin aliento, mientras le tiende la mano. Ella tiene que cambiar la mano con la que sujeta la taza para estrechársela.

—¿Eres un desconocido?

—Ya no, ¿verdad?

—Yo soy Kirby, Kirby Mazrachi, pero me voy a cambiar el nombre por el de Lori Star en cuanto sea lo bastante mayor.

—¿Cuando vayas a Hollywood?

La niña se acerca la taza arrastrándola por el suelo, lo que consigue que el insecto del interior alcance nuevas cotas de indignación, y Harper se percata de que ha cometido un error al preguntarle eso.

—¿Seguro que no eres un desconocido?

—Quiero decir, al circo, ¿no? ¿Qué va a ser Lori Star? ¿Trapeceista? ¿Jinete de elefantes? ¿Payasa? —pregunta, y hace una pausa para ponerse el índice sobre el labio superior—. ¿La mujer bigotuda?

La niña suelta una risita, y él respira, aliviado.

—Nooo —responde ella.

—¡Domadora de leones! ¡Lanzadora de cuchillos! ¡Comedora de fuego!

—Voy a ser funámbula. He estado practicando, ¿quieres verlo? —pregunta, levantándose.

—No, espera —la detiene él, desesperado—. ¿Puedo ver tu león?

—No es un león de verdad.

—Eso es lo que tú dices —la pincha.

—Vale, pero tienes que tener mucho, mucho cuidado. No quiero que se vaya volando.

La niña inclina la taza un milímetro. Harper apoya la cabeza en el suelo y entorna los ojos para mirar. El olor a hierba aplastada y a tierra negra resulta reconfortante. Algo se mueve debajo de la taza: patas peludas, una sombra amarilla y negra. Las antenas se acercan a la salida. Kirby ahoga un grito y baja la taza de golpe.

—Vaya, menudo abejorro que tienes —comenta Harper, poniéndose de nuevo en cuclillas.

—Lo sé —responde ella, muy orgullosa.

—Y está muy enfadado.

—Me parece que no quiere estar en el circo.

—¿Te puedo enseñar una cosa? Tendrás que confiar en mí.

—¿El qué?

—¿Quieres un funámbulo?

—No...

Pero él ya ha levantado la taza y tiene a la nerviosa abeja entre las manos. El sonido que producen las alas al arrancarlas es igual que el que hace una guinda al sacarle el rabito, como las que estuvo recogiendo una temporada en Rapid City. Había recorrido el condenado país de arriba abajo persiguiendo el trabajo como si fuera una perra en celo. Hasta que encontró la Casa.

—¡¿Qué haces?! —grita la niña.

—Ahora solo necesitamos un poco de papel atrapamoscas para apoyarlo encima de dos latas. Seguro que un bichejo tan grande puede soltarse las patas, pero estará pegajoso, así que no se caerá. ¿Tienes papel atrapamoscas?

Harper deja el abejorro en el borde de la taza y el insecto se aferra al canto.

—¿Por qué has hecho eso? —protesta ella dándole en el brazo una serie de confusos golpes con las palmas abiertas.

La reacción lo desconcierta.

—¿No estábamos jugando al circo?

—¡Lo has estropeado! ¡Vete! Vete, vete, vete, vete.

Se convierte en un cántico al ritmo de cada manotazo.

—Espera, espera un momento —se defiende él entre risas, pero ella sigue aporreándolo, así que la agarra de la mano—. Lo digo en serio. Para de una puta vez, señorita.

—¡No se dicen palabrotas! —chilla ella, y se echa a llorar.

Esto no va como Harper había planeado... Todo lo que se pueden planear estos primeros encuentros, claro. Está cansado de lo impredecibles que son los niños, por eso no le gustan las niñas pequeñas, por eso espera a que crezcan. Más adelante será otra historia.

—De acuerdo, lo siento. No llores, ¿vale? Tengo algo para ti, no llores, por favor. Mira.

Desesperado, saca el poni naranja, o lo intenta. La cabeza se le engancha en el bolsillo y tiene que pegar un tirón para sacarlo.

—Toma —dice, empujándolo hacia ella y deseando que lo acepte. Es uno de los objetos que lo conectan todo. Sin duda, por eso lo ha traído, ¿no? Harper solo vacila un instante.

—¿Qué es?

—Un poni, ¿no lo ves? ¿No es mejor un poni que un abejorro tonto?

—No está vivo.

—Ya lo sé. Joder, tú cógelo, ¿vale? Es un regalo.

—No lo quiero —dice ella, sorbiéndose los mocos.

—Vale, no es un regalo, es un depósito. Me lo guardarás. Como en el banco cuando les das tu dinero.

El sol cae a plomo, hace demasiado calor para llevar una americana. Apenas puede concentrarse. Solo quiere

terminar ya. El abejorro se cae de la taza y se queda boca arriba sobre la hierba agitando las patas en el aire.

—Supongo.

Ya está más tranquilo, todo es como debe ser.

—Ahora tienes que guardarlo bien, ¿de acuerdo? Es importante de verdad. Volveré a por él. ¿Lo entiendes?

—¿Por qué?

—Porque lo necesito. ¿Cuántos años tienes?

—Seis y tres cuartos. Casi siete.

—Eso es estupendo. Estupendo, sí. Allá vamos, dando vueltas y vueltas como tu noria. Te veré cuando seas mayor. Estate atenta, ¿eh, cariño? Volveré a por ti.

Se levanta y se limpia las manos en una pierna. Después se da media vuelta y recorre a paso ligero el solar cojeando un poco, sin mirar atrás. Ella lo ve cruzar la carretera y caminar hacia las vías del tren hasta que desaparece detrás de la línea de los árboles. Mira el juguete de plástico, pegajoso por el sudor del desconocido, y chilla:

—¿Ah, sí? ¡Pues no quiero tu tonto caballo!

Lo tira al suelo y el animal rebota antes de aterrizar al lado de la noria de rueda de bicicleta. El ojo pintado se queda mirando sin expresión alguna al abejorro, que se ha enderezado y se arrastra por la tierra.

Pero, más tarde, Kirby vuelve para recogerlo. Por supuesto que lo hace.

HARPER

*20 de noviembre de 1931*

La arena cede bajo sus pies porque en realidad no es arena, sino apestoso lodo helado que se le mete en los zapatos y le empapa los calcetines. Harper maldice entre dientes, no quiere que los hombres lo oigan. Se gritan unos a otros en la oscuridad: «¿Lo veis? ¿Lo tenéis?». Si el agua no estuviera tan fría, se arriesgaría a huir a nado, joder. Pero ya nota los estragos del viento del lago, que le da pellizcos y bocados a través de la camisa, puesto que la chaqueta quedó abandonada detrás del tugurio clandestino cubierta de la sangre de aquel desgraciado de mierda.

Sigue chapoteando por la orilla, entre la basura y la madera podrida, con el barro tirando de él a cada paso. Se agacha detrás de una casucha del borde, fabricada con cajas de embalar y cartón asfaltado. La luz de una lámpara se filtra por las grietas y los remiendos de cartón, y es como si toda la barraca brillara. De todos modos, no entiende por qué construyen algo tan cerca del lago, como si creyeran que lo peor ya ha pasado y que no pueden caer más bajo, como si la gente no cagara en la zona menos profunda, como si el nivel del agua no subiera con las lluvias para llevarse todo aquel apestoso barrio de chabolas. Es el sino de los olvidados, la desdicha que les

cala hasta los huesos. Nadie los echaría de menos. Como nadie echará de menos al puto Jimmy Grebe.

No esperaba que Grebe se desangrara a borbotones. La cosa no habría llegado a tanto si el muy cabrón hubiese peleado limpio, pero estaba gordo, borracho y desesperado. No acertaba a dar ni un puñetazo, así que fue a por las pelotas de Harper. Este había notado los gordos dedos del muy hijo de puta agarrándole los pantalones. Si el otro tipo pelea sucio, tú más. No es culpa de Harper que el filo dentado del cristal diera con una arteria. En realidad apuntaba a la cara de Grebe.

No habría sucedido nada si aquel tísico asqueroso no le hubiese tosido en las cartas. Grebe había limpiado el escupitajo sanguinolento con la manga, claro, pero todo el mundo sabía que tenía tuberculosis y que esparcía el contagio por su ensangrentado pañuelo cada vez que tosía. Enfermedad, ruina y todos con los nervios a flor de piel. Es el fin de Estados Unidos.

Intenta ir con esas al «alcalde» Klayton y a su panda de mamones patrulleros, todos henchidos de orgullo como si fuesen los dueños del lugar. Pero aquí no hay ley, igual que no hay dinero ni dignidad. Él ha visto las señales, y no solo las que ponen «Embargado». «Seamos realistas —piensa—. Este país se lo ha ganado».

Una serpentina de luz pálida barre la playa y se detiene en las cicatrices que ha abierto en el barro. Entonces, la linterna se mueve para seguir su caza en otra dirección y la puerta de la barraca se abre derramando su luz por todas partes. Una mujer delgaducha y con cara de rata sale de la casa. Se la ve demacrada y gris a la luz del queroseno, como a todos los de aquí; como si las tormentas de polvo del campo se llevaran con ellas no solo las cosechas, sino también la personalidad de los habitantes.

La mujer se cubre con una americana oscura, tres tallas más grande de la cuenta. La lleva echada sobre los escuálidos hombros, como si fuera un chal. Es de lana gruesa. Tiene aspecto de abrigo. Harper sabe que esa americana va a ser suya incluso antes de darse cuenta de que ella es ciega. Tiene la mirada ausente. El aliento le huele a col y se le están pudriendo los dientes. La mujer alarga una mano para tocarlo.

—¿Qué es? —dice—. ¿Por qué gritan?

—Un perro rabioso —responde Harper—. Lo están persiguiendo. Debería entrar, señora.

Podría quitarle la americana y largarse, pero se arriesga a que grite, a que forcejee.

—Espere —dice ella—. ¿Es usted? ¿Es usted Bartek? —pregunta, aferrándose a su camisa.

—No, señora, no soy yo.

Harper intenta zafarse de sus dedos. La mujer alza la voz como si fuese algo urgente. Tiene una voz que llama la atención.

—Sí que es usted, seguro. Me dijo que vendría —insiste, al borde de la histeria—. Él me dijo que vendría...

—Shh, no pasa nada —la calma.

No le cuesta nada levantar el antebrazo para ponérselo en el cuello y empujarla contra el cobertizo con todas sus fuerzas. «Solo para que se calle», se dice a sí mismo. Cuesta gritar con la tráquea aplastada. Los labios de la mujer se fruncen y se hinchan. Los ojos se le salen de las órbitas. El gaznate se le mueve, rebelde. La mujer le aprieta la camisa con las manos, como si estuviera estrujando la colada, hasta que sus dedos de huesecillos de pollo caen y su cuerpo se desliza por la pared. Él se inclina con ella y la deja delicadamente en el suelo mientras le quita la americana de los hombros.

Un niño lo está mirando desde el interior de la casucha. Tiene los ojos lo bastante grandes como para tragárselo entero.

—¿Qué miras? —le dice Harper entre dientes.

Mete los brazos por las mangas y se da cuenta de que la americana le queda grande, pero le da igual. Algo tintinea en el bolsillo, puede que monedas, si tiene suerte. Sin embargo, resulta ser mucho más que eso.

—Métete en la casa y tráele agua a tu madre. No se encuentra bien.

El chico se lo queda mirando sin cambiar de expresión, abre la boca y deja escapar un chillido que atrae las malditas linternas. Los haces de luz atraviesan el umbral y pasan sobre la mujer caída, pero Harper ya está corriendo. Uno de los compinches de Klayton (puede que el autoproclamado alcalde en persona) grita: «¡Ahí!». Los hombres corren hacia la orilla, detrás de él.

Harper se abre paso a toda prisa por el laberinto de casuchas y tiendas montadas sin orden ni concierto, unas encima de otras, sin que medie apenas espacio para meter una carretilla entre ellas. Mientras tuerce hacia Randolph Street, se le ocurre que incluso los insectos muestran más autocontrol.

No tiene en cuenta que las personas pueden actuar como termitas.

Entonces pisa una lona y cae en un pozo del tamaño de una caja de piano, solo que bastante más profundo, que alguien ha abierto en el suelo a modo de hogar, para después taparlo con una tela clavada en la tierra.

Se da un buen golpe, el talón izquierdo se estrella contra el lateral de un camastro de madera y oye un chasquido, como el de una cuerda de guitarra al romperse. El impacto lo lanza de lado contra el borde de una cocina



casera que le da bajo las costillas y lo deja sin aliento. Es como si una bala le hubiera atravesado el tobillo, aunque no ha oído ningún disparo. No puede respirar para gritar y se ahoga bajo la loneta, que le ha caído encima.

Allí es donde lo encuentran, pateando la tela y cagándose en el desecho humano que no contaba con los materiales ni con las habilidades necesarias para fabricarse una chabola de verdad. Los hombres se congregan en lo alto del escondite. Son siluetas malévolas detrás del resplandor de sus linternas.

—No puedes venir aquí y hacer lo que te dé la gana — dice Klayton en su mejor imitación de predicador dominiguero.

Al fin, Harper logra respirar. Cada inspiración le quema como si le dieran una puñalada en el costado. Se ha roto una costilla, no cabe duda, y algo peor le pasa en el pie.

—Debes respetar a tu vecino y tu vecino debe respetarte a ti —sigue diciendo Klayton.

Harper ya le ha oído la frase antes, en las reuniones de la comunidad, cuando habla de que tienen que aprender a llevarse bien con los negocios locales del otro lado de la calle, con los mismos tipos que enviaron a las autoridades a clavar en todas las tiendas de campaña y en las chabolas unas notas en las que se avisaba de que tenían siete días para desalojar los terrenos.

—Cuesta respetar a alguien cuando estás muerto — responde entre risas, aunque suena más a jadeo y solo sirve para que el estómago se le retuerza de dolor.

Le da la impresión de que llevan escopetas, pero no le parece probable, y cuando una de las linternas deja de deslumbrarle distingue que van armados con tuberías y martillos. Se le revuelven de nuevo las tripas.

—Deberías entregarme a las autoridades —dice,

esperanzado.

—Qué va —contesta Klayton—. No tienen nada que hacer aquí —añade, moviendo la linterna—. Sacadlo, chicos, antes de que Eng, el amarillo, vuelva a su agujero y se encuentre dentro a esta basura de mierda.

Y entonces recibe otra señal, clara como el alba que empieza a arrastrarse por el horizonte más allá del puente. Antes de que los matones de Klayton puedan bajar tres metros para llegar hasta él, empiezan a llover del cielo unas gotas cortantes y frías. Y se oyen gritos al otro lado del campamento.

—¡Policía! ¡Es una redada!

Klayton se da media vuelta para consultarlo con sus hombres. Son como monos parloteando y agitando los brazos. Entonces, las llamas atraviesan la lluvia e iluminan el cielo dando fin a la conversación.

—¡Eh, dejad eso...!

Un chillido llega flotando desde Randolph Street, seguido de otro.

—¡Tienen queroseno! —grita alguien.

—¿A qué esperáis? —dice Harper en voz baja, entre el estruendo de la lluvia y el alboroto.

—Quédate donde estás —le ordena Klayton a Harper apuntándolo con una tubería mientras las siluetas se dispersan—. No hemos acabado contigo.

Sin hacer caso del áspero ruido de sus costillas, Harper se apoya en los codos y se sienta. Se echa hacia delante, se agarra a la lona que sigue colgando de los clavos por un extremo y tira de ella temiendo lo inevitable. Sin embargo, la lona aguanta.

De arriba le llega el tono dictatorial del buen alcalde, que grita a unas personas invisibles en medio del tumulto:

—¿Tienen una orden judicial? ¿Creen que pueden venir

aquí sin más y quemar las casas de esta gente que ya lo ha perdido todo?

Harper agarra con el puño un buen trozo de tela y, apoyando el pie bueno en la cocina volcada, se impulsa hacia arriba. Se golpea el tobillo contra la pared de tierra, lo que hace que lo ciegue un relámpago de dolor más brillante que el sol. Le dan arcadas, aunque al final solo tose una larga amalgama fibrosa de saliva y flema teñida de rojo. Se aferra a la lona y parpadea hasta que consigue librarse de las flores negras que le oscurecen la visión.

Los gritos se disipan bajo el tamborileo de la lluvia. Se queda sin tiempo. Se tira sobre la grasienta lona mojada sin detenerse. Hace un año no podría haberlo hecho, pero después de doce semanas remachando el Triboro de Nueva York está más fuerte que el sarnoso orangután de aquella feria del condado, el que partió una sandía por la mitad con las manos.

La lona deja escapar siniestros crujidos de protesta y amenaza con devolverlo al maldito agujero, pero al final aguanta, y Harper se asoma al borde, agradecido, sin darles tan siquiera importancia a los rasguños que los clavos que sujetan la tela le han dejado en el pecho. Más tarde, al examinar las heridas en un lugar seguro, comprobará que las marcas son como arañazos de una puta entusiasta.

Se queda allí tirado, boca abajo sobre el lodo, mientras encima le llueve a cántaros. Los gritos se han alejado, aunque el aire apesta a humo y la luz de media docena de incendios se mezcla con el gris del alba. Un fragmento de música flota por el aire nocturno, puede que salga de un piso, de la ventana desde la que los inquilinos disfrutaban del espectáculo.

Harper se arrastra por el barro. El dolor hace que le

estallen luces brillantes dentro del cráneo... o puede que sean reales. Es como un renacer. Pasa de arrastrarse a cojear cuando por fin encuentra un pesado trozo de madera con la altura apropiada para apoyarse en él.

El pie izquierdo está inservible, lo lleva colgando. Sin embargo, sigue adelante a través de la lluvia y la oscuridad para alejarse de las chabolas en llamas.

Todo sucede por algún motivo. Gracias a su expulsión del barrio encuentra la Casa. Gracias a la americana que robó tiene la llave.

KIRBY

*18 de julio de 1974*

Es esa hora de la mañana en que la oscuridad pesa; después de que los trenes hayan dejado de pasar y el tráfico se haya ido apagando, pero antes de que los pájaros empiecen a cantar. Hace un calor bochornoso, un calor pegajoso de los que atraen a los bichos. Polillas y hormigas voladoras se estrellan contra la luz del porche en un tamborileo irregular. Un mosquito silba en alguna parte cerca del techo.

Kirby está en la cama, acariciando las crines de nailon del poni y escuchando los ruidos de la casa vacía, que gruñe como un estómago hambriento. Rachel dice que es porque la casa «se asienta», pero Rachel no está y es tarde, o temprano, y Kirby no ha comido nada desde los cereales rancios del lejano desayuno, y hay ruidos que no encajan con el «asentamiento».

Kirby le susurra al poni:

—Es una casa vieja, seguro que solo es el viento.

Salvo que la puerta del porche tiene pestillo y no debería dar portazos. Los tablones del suelo no deberían crujir como si soportaran el peso de un ladrón que avanza de puntillas hacia su dormitorio cargado con un saco negro en el que meterla para secuestrarla. O puede que lo que

hace tictac en el suelo sean los pies de plástico de esa muñeca que cobra vida en el programa de miedo de la tele que se supone que no debe ver.

Kirby aparta la sábana.

—Voy a ver, ¿vale? —le dice al poni, porque la idea de esperar a que el monstruo llegue a ella se le antoja insoportable.

Se acerca de puntillas a la puerta, en la que su madre pintó flores exóticas y enredaderas cuando se mudaron hace cuatro meses, lista para cerrársela de golpe en la cara a cualquiera (o a cualquier cosa) que suba la escalera.

Se queda detrás de la puerta como si esta fuera un escudo y se concentra por si oye algo mientras rasca la basta superficie de la pintura. Ya ha descascarillado un lirio atigrado hasta tocar madera. Le cosquillean las puntas de los dedos. El silencio le pita en la cabeza.

—¿Rachel? —susurra Kirby, demasiado bajo para que nadie lo oiga, salvo el poni.

Se oye un porrazo muy cerca, después otro golpe y el ruido de algo al romperse.

—¡Mierda!

—¿Rachel? —repite Kirby, esta vez más alto; el corazón le late con fuerza contra el pecho.

Tras una larga pausa, su madre responde:

—Vuelve a la cama, Kirby. Estoy bien.

Kirby sabe que no es cierto, pero al menos no es Tina Parlanchina, la psicópata muñeca viviente.

Deja de rascar la pintura y sale al pasillo arrastrando los pies, evitando los trozos de cristal que brillan como diamantes entre las rosas muertas de hojas arrugadas y cabezas esponjosas que yacen en un charco de apestosa agua de jarrón. Se había dejado la puerta entreabierta.

Cada nueva casa es más vieja y está más destartalada

que la anterior, aunque Rachel pinta las puertas y los armarios, y a veces incluso el suelo, para hacerla más suya. Eligen juntas los dibujos del gran libro de arte gris de Rachel: tigres, unicornios, santos o chicas isleñas de piel tostada con flores en el pelo. Kirby usa los dibujos a modo de pistas que le recuerdan dónde están. Esta casa es la de los relojes derretidos en el armario de la cocina, encima de los fogones, lo que significa que el frigorífico está a la izquierda, y el cuarto de baño, bajo la escalera. Sin embargo, a pesar de que la distribución de las casas va cambiando, de modo que a veces tienen un patio, otras hay un armario en el dormitorio de Kirby y otras tiene suerte de contar con una estantería, el dormitorio de Rachel es una constante.

Piensa en él como en la bahía del tesoro de un pirata (su madre la corrige y le dice que suele ser una cueva, pero Kirby se lo imagina como una mágica bahía oculta, una a la que se puede acceder en barco, con suerte, si interpretas bien el mapa).

Hay vestidos y pañuelos tirados por la habitación, como si una princesa pirata gitana hubiese tenido un berrinche. De las florituras doradas de un espejo ovalado cuelga una colección de bisutería. El espejo es lo primero que cuelga Rachel siempre que se mudan a un sitio nuevo y siempre, invariablemente, acaba aplastándose el dedo con el martillo. A veces juegan a disfrazarse, y Rachel le pone todos los collares y pulseras encima a Kirby y la llama «mi arbolito de Navidad», aunque son judías, o medio judías, al menos.

El adorno de cristal de colores colgado de la ventana recoge los rayos del sol de la tarde y proyecta unos arcoíris danzarines por todo el cuarto, sobre la mesa de dibujo inclinada y sobre la ilustración en la que esté trabajando

Rachel en esos momentos.

Cuando Kirby era un bebé y todavía vivían en la ciudad, Rachel colocaba la valla del parque de la niña alrededor de su escritorio, de modo que Kirby pudiera gatear por el cuarto sin molestarla. Por aquel entonces dibujaba para revistas femeninas, pero ahora «mi estilo está pasado de moda, nena, ahí fuera son muy volubles». A Kirby le gusta el sonido de la palabra. «Voluble», «vuela», «volatín». Y también le gusta ver el dibujo que hizo su madre de la camarera que guiña un ojo mientras hace equilibrios con la bandeja cargada con dos pilas de tortitas chorreantes de mantequilla cuando pasan por delante de Doris's Pancake House de camino a la tienda de la esquina.

Pero el adorno de cristal ahora está frío y muerto, y la lámpara que hay junto a la cama tiene un pañuelo amarillo enrollado encima, lo que hace que la habitación tenga un aspecto enfermizo. Rachel está tumbada en la cama con una almohada sobre la cara, todavía vestida, con los zapatos puestos y todo. El pecho se le sacude bajo el vestido de encaje negro, como si tuviera hipo. Kirby se queda en la puerta y usa todo su poder de concentración para que su madre se fije en ella. Nota la cabeza hinchada, llena de palabras que no sabe cómo decir.

—Te has tumbado en la cama con los zapatos puestos — es lo que al final le sale.

Rachel se quita la almohada de la cara y mira a su hija. Tiene los ojos hinchados y el maquillaje ha dejado una mancha negra en la almohada.

—Lo siento, cielo —dice, con su voz más chillona, intentando parecer animada.

La palabra «chillona» le recuerda a Kirby los gritos de Melanie Ottesen cuando se cayó de la cuerda de trepar. O a chillidos que resquebrajan vasos de cristal que ya no son



seguros para beber.

—¡Tienes que quitarte los zapatos!

—Lo sé, cielo —responde Rachel, suspirando—. No grites. —Se zafa de los zapatos de tacón de color negro y canela, los del talón descubierto, usando los dedos de los pies, y los deja caer con estrépito en el suelo. Después rueda sobre el estómago—. ¿Me rascas la espalda?

Kirby se sube a la cama y se sienta a su lado con las piernas cruzadas. El pelo de su madre huele a humo. Se pone a recorrer los ensortijados patrones de encaje con las uñas.

—¿Por qué lloras?

—No estoy llorando de verdad.

—Sí que lloras.

—Son esos días del mes —responde su madre, suspirando.

—Es lo que dices siempre —replica Kirby, de mal humor, y después se le ocurre añadir—: Tengo un poni.

—No puedo permitirme comprarte un poni —dice su madre con voz distraída.

—No, ya tengo uno —insiste Kirby, exasperada—. Es naranja. Tiene mariposas dibujadas en el culo, ojos castaños, pelo dorado y, bueno, parece un poco bobo.

Su madre vuelve la cabeza para mirarla, como si la idea la emocionara.

—¡Kirby! ¿Es que has robado algo?

—¡No! Es un regalo, ni siquiera lo quería.

—Entonces no pasa nada —dice su madre mientras se restriega los ojos con el dorso de la mano, lo que le deja un manchurrón de rímel sobre los ojos, como si fuera una ladrona.

—Entonces ¿me lo puedo quedar?

—Claro que sí, puedes hacer casi todo lo que quieras,

sobre todo con los regalos. Como si quieres romperlos en un millón de trocitos.

«Como el jarrón de la entrada», piensa Kirby.

—Vale —responde, muy seria—. El pelo te huele raro.

—¡Mira quién habla! —exclama su madre, y su risa es como un arcoíris que recorre bailando la habitación—. ¿Cuándo fue la última vez que te lavaste el tuyo?

HARPER

*22 de noviembre de 1931*

El Hospital de la Misericordia no hace honor a su nombre.

—¿Puede pagar? —exige saber la mujer de aspecto cansado de recepción que lo atiende a través del agujero redondo del cristal del mostrador—. Los pacientes de pago se ponen los primeros de la lista.

—¿Cuánto tengo que esperar? —gruñe Harper.

La mujer inclina la cabeza para asomarse a la sala de espera. Es una habitación en la que solo se puede estar de pie, pero hay algunos que están sentados o medio desmayados en el suelo, demasiado cansados o simplemente aburridos para seguir de pie. Unos cuantos levantan la vista con cara de esperanza, indignación o una insostenible mezcla de las dos. Los demás tienen la misma expresión resignada que Harper ha visto en los caballos de tiro que están en las últimas, esos que tienen las costillas tan marcadas como las grietas y los surcos de la tierra muerta que intentan arar. A esos caballos lo mejor es pegarles un tiro.

Se mete la mano en el bolsillo de la americana robada para buscar el billete de cinco dólares que encontró dentro, junto con un imperdible, tres monedas de diez centavos, dos de veinticinco y una llave cuyo desgaste le resulta

familiar. O puede que se haya acostumbrado a los objetos deslustrados.

—¿Se puede comprar un poco de misericordia con esto, encanto? —pregunta al meter el billete por el hueco del cristal.

—Sí —responde ella sin apartar la mirada para dejarle claro que no se avergüenza de cobrarle, a pesar de que el mero hecho de intentar justificarse indique lo contrario.

La mujer toca una campanita y una enfermera aparece para recogerlo dando chancletazos en el linóleo con sus prácticos zapatos. En la chapa de identificación pone E. Kappel. Es guapa de un modo vulgar, con mejillas sonrosadas y unos tirabuzones de color castaño rojizo cuidadosamente rizados bajo la cofia blanca. El conjunto es armonioso, salvo por la nariz, que apunta demasiado arriba, como si fuera un hocico. «Como una cerdita», piensa Harper.

—Venga conmigo —dice la enfermera, irritada por el mero hecho de estar allí.

Ya ha catalogado al paciente como otra basura humana. Se vuelve y se aleja dando zancadas, de modo que Harper tiene que seguirla a saltos. Cada paso que da le dispara un calambre de dolor por la cadera, como un cohete chino, pero está decidido a seguirle el ritmo.

Todas las salas por las que pasan están abarrotadas, a veces ve hasta a dos personas en la misma cama, tumbadas cada una en una dirección, derramando toda la enfermedad que llevan dentro.

«Esto es mejor que los hospitales de campaña», piensa. Hombres mutilados que se apiñan en camillas manchadas de sangre, envueltos en el hedor de las quemaduras, las heridas podridas, la mierda, el vómito y los agrios sudores de la fiebre. Aquellos gemidos incesantes eran como un

coro terrible.

Recuerda que había un chico de Missouri al que le habían volado una pierna. No dejaba de gritar y los demás no podían dormir, hasta que Harper se acercó con sigilo, como si fuera a consolarlo. Lo que en realidad hizo fue atravesarle el muslo a aquel idiota con la bayoneta por encima del ensangrentado destrozo, y girarla limpiamente para cortar la arteria. Exactamente como había practicado en los muñecos de paja durante el entrenamiento. Apuñalar y girar. Una herida en las tripas nunca falla. A Harper, eso de acercarse a alguien así le parecía más personal que las balas. Hacía que la guerra le resultara soportable.

Supone que aquí no tendrá esa posibilidad. Sin embargo, hay otras formas de librarse de los pacientes problemáticos.

—Debería sacar la botellita negra —dice Harper solo para irritar a la enfermera regordeta—. Le darían las gracias.

Ella deja escapar una risita de desprecio mientras cruzan las puertas de la zona privada, unas habitaciones individuales muy limpias, casi todas vacías.

—No me tiente. El veinticinco por ciento del hospital hace ahora las veces de lazareto. Fiebre tifoidea, infecciones... El veneno sería una bendición, pero que los cirujanos no le oigan hablar de botellas negras.

A través de una puerta abierta ve a una chica tumbada en una cama rodeada de flores. Parece una estrella de cine, aunque hace más de una década que Charlie Chaplin cambió Chicago por California y se llevó con él a toda la industria cinematográfica. El pelo de la chica forma rubios tirabuzones que se le pegan a la cara por el sudor, y la triste luz del sol de invierno que intenta entrar por las ventanas la hace parecer aún más pálida. Sin embargo,

justo cuando él se tambalea junto a su puerta, ella abre los ojos, se medio incorpora y le dedica una radiante sonrisa, como si lo esperase y lo invitase a sentarse con ella para hablar un rato.

La enfermera Kappel no lo piensa permitir. Lo agarra por el codo y se lo lleva.

—Nada de mirar con la boca abierta. Lo último que necesita esa fresca es otro admirador.

—¿Quién es? —pregunta él, volviendo la vista atrás.

—Nadie, una bailarina exótica. La muy idiota se ha envenenado con radio. Forma parte de su espectáculo, se pinta con eso para brillar en la oscuridad. No se preocupe, le darán el alta pronto y podrá verla todo lo que quiera. Y podrá verle todo lo que quiera, por lo que he oído.

Lo mete en la sala del médico, que es de un blanco reluciente y huele a antiséptico.

—Ahora siéntese aquí y vamos a echar un vistazo a lo que se ha hecho.

Harper se acerca cojeando a la mesa de examen. Ella frunce el rostro, concentrada en cortarle los sucios harapos, tan apretados como ha sido capaz de soportar, que lleva a modo de estribo bajo el talón.

—Es usted idiota, ¿lo sabía? —comenta la enfermera, y la sonrisita que le baila en la comisura de los labios deja claro que sabe que puede tratarlo así impunemente—. Por esperar para venir. ¿Creía que se iba a curar solo?

Tiene razón, no ha ayudado haber dormido mal las dos últimas noches, acampado en un portal con una caja de cartón como cama y una americana robada como manta porque no podía regresar a su tienda y arriesgarse a que Klayton y sus secuaces lo estuvieran esperando armados con tuberías y martillos.

Las pulcras hojas de las tijeras plateadas cortan la